

J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Los Herodes. Una dinastía real de los tiempos de Jesús*, Ed. Verbo divino, Estella (Navarra), 2007, pp. 294.

Herodes, nombre que asusta tradicionalmente a los niños en occidente, es también el primero con tal nombre que inició cuatro generaciones de reyezuelos que gobernaron en el Próximo Oriente bajo la dominación romana. De ellos trata este nuevo título del arqueólogo y conocido escritor J. González Echegaray que viene a implementar su trayectoria, muy plausible a mi juicio, en su forma de abordar habitualmente los temas que toca. Mencionemos, entre otros, dos títulos suyos anteriores y recientes: *Pisando tus umbrales, Jerusalén* (2005) y *Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano* (2002). En el presente caso la temática incide en la presencia de Roma en una provincia o zona muy sensible del territorio oriental, en el que, asimismo, el trasfondo bíblico está presente como lo indica expresamente el subtítulo: «Una dinastía real de los tiempos de Jesús». Diferentes situaciones y circunstancias confluyeron en orden a crear una atmósfera favorable al nacimiento y propagación del cristianismo, aunque ello obviamente no lo explique todo. Los santos Padres aun desde los primeros siglos lo reconocieron y así lo hizo san León dirigiéndose a su auditorio romano. Y mucho más tarde se admiraba de ello también Pascal, pues habían surgido reyes providenciales como Darío y Ciro, o pueblos como los romanos o líderes como Pompeyo o Herodes, incluso situaciones, pensemos en la *pax romana*, que, sin saberlo, prepararon el triunfo del evangelio.

Parece científicamente acertado que ambas, historia y arqueología, a la par ayuden a contextualizar los textos sagrados. Seguramente que otros enfoques son posibles, y han sido ensayados en relación a un personaje que despertó en el pasado tanto interés y curiosidad entre poetas y novelistas. Un botón de muestra es el ambicioso proyecto sobre la figura sombría de Herodes en la literatura española de la malograda María Rosa Lida de Malkiel que nos dejó, no obstante, anotaciones interesantes en *Herodes: su persona, reinado y dinastía* (1977). Sin embargo nuestro autor, en vistas a conseguir el objetivo propuesto en el subtítulo, delimita el escenario, tiempo

y espacio en el que intervinieron históricamente *Los Herodes*. Existe verdadera dificultad en fijar los límites geográficos exactos en los cuales gobernaron los diferentes miembros de la familia herodiana. Si nos referimos a cuanto encierra la denominación de «Tierra Santa» podría ser una buena opción debido a su carácter religioso y más comprensivo. Ciertamente este conjunto físico e histórico designado por ambas palabras correspondería más o menos al campo de actuación herodiana. Con ello obviaríamos nombres como Israel o Palestina de claras connotaciones políticas, aún persistentes y debatibles.

Desde el principio nos sitúa el autor en el escenario de Judea fácilmente identificable y situada en la frontera oriental del Imperio. Y a partir de ahí podríamos extendernos longitudinalmente a todo el espacio geográfico que abarca desde el monte Hermón hasta el golfo de Ákaba, junto a la parte oriental del Mar Rojo. Y situándonos a lo ancho miraríamos desde la costa mediterránea, entre Tel Aviv hasta la ciudad de Amán. Ello dibujaría un país alargado desde el punto de vista geográfico, de aproximadamente 420 km nortesur por 110 km este-oeste. En esta área tuvieron lugar las actuaciones de la dinastía herodiana.

Vayamos de inmediato a analizar la distribución del volumen organizado en siete capítulos. Los dos primeros se ocupan de la historia de Herodes I «El Grande» (llamado así por Flavio Josefo) y de sus construcciones colosales. En efecto, el primer Herodes resultó un personaje tan hábil y pragmático en la política como cruel y contradictorio en su vida real, el cual reinó con el título de rey de los judíos desde aproximadamente el año 40 hasta su muerte el 4 a.C.

Era de esperar que fuera Josefo el más citado de los historiadores utilizados por nuestro autor tanto en relación al que inició la dinastía como al resto de la familia herodiana. Pero, además, maneja profusamente otras fuentes griegas y romanas: Suetonio, Estrabón, Plutarco, Tácito, Dión Casio, etc., y, según los casos, aduce aquí y allá testimonios y relatos tomados del Nuevo Testamento.

El capítulo cuarto expone la historia de la segunda generación herodiana. En ella entra en escena Herodes Antipas, quien reinó solamente en Galilea y Perea durante muchos años, del 4 a.C.



al 39 d.C. y heredó de su padre la afición por las grandes construcciones y bastante de su índole sanguinario. Por lo que se refiere a su hermano mayor Arquelao (4 a.C. - 6 d.C.), fue destituido como rey de Judea y exiliado a consecuencia de las quejas presentadas ante Augusto por una legación judía. Ello provocó un cambio administrativo. En adelante se crearía una nueva provincia, de rango inferior a la de Siria, gobernada por un magistrado del orden ecuestre o procurador. En su tiempo Herodes Antipas protagonizó el episodio de Juan el Bautista a quien ordenó degollar para complacer a Herodías (Mc 6,21-29) y en la primavera del año 30 se encontró en Jerusalén con Jesús de Nazaret enviado por Poncio Pilato cuando había sido arrestado y presentado ante el tribunal del mentado prefecto romano (Lc 23, 4-12; cf. 13, 31-33). Antipas, al final de sus días, según los *Hechos de los Apóstoles* 12, 23 ss. y Josefo, fue víctima de una extraña y horrible enfermedad que le produjo rapidísimamente la muerte lo cual se interpretó sin duda como castigo de Dios. Berceo alude poéticamente a ello en los *Loores de Nuestra Señora*. «Herodes el Segundo del ángel fue ferido / a cabo de pocos días murió todo podrido».

La tercera generación formada por otros homónimos, Herodes Agripa y Herodes de Calcis, es tratada en el capítulo quinto, en tanto que a Agripa II y a la cuarta generación se refiere el capítulo sexto.

Un visión panorámica recoge el último capítulo del libro bajo el título: «Reflexiones sobre la dinastía herodiana».

Evidentemente todo el período relatado en relación a la actuación herodiana lleva la huella de una clase dominante y rica formada por la familia y por quienes la apoyaron y compartieron el poder. Y todo ello, además conviene no ignorar, se

llevó a cabo en medio de la dominación romana. Por ello el autor pone de relieve las intrigas, tensiones y adulaciones entre los gobernadores romanos y los reyezuelos o tetrarcas haciendo uso, unos y otros, de sus influencias en Roma. En general dos cosas a mi entender quisiera destacar. Y son el resultado y principal característica de la gobernación herodiana que yo aprecio tras la lectura de *Los Herodes*. La primera es que fue una dinastía que reinó más de siglo y cuarto comprometida en mantener un raro equilibrio: el que suponía «conciliar la sólida amistad con los líderes romanos, y, a la vez, la lealtad al pueblo judío del que se consideraban sus máximos representantes». La segunda es —no podía pasar desapercibida por un arqueólogo— la repercusión en la geografía de la zona debido a la edificación de varias ciudades como Tiberíades y Séforis, y de otras grandes construcciones por toda Tierra Santa.

Concluyo subrayando algunos detalles que nos puedan animar a la lectura del volumen.

Desde el punto de vista de la edición, considero excelente la costumbre del autor de incluir bibliografía complementaria relativa a cada capítulo. Resultan igualmente muy útiles los apéndices esquemáticos y recapitulativos: el primero presenta los dos triunviratos romanos; el segundo describe a golpe de vista la dinastía asmonea y herodiana; el tercero nos da el listado de los trece gobernadores de Judea desde el año 6 a.C. hasta el 66 d.C.; y el último registra, por su parte, los 44 gobernadores romanos de la provincia de Siria a partir del año 65 a.C. hasta el 69 d.C. Finalmente cierran el libro tres índices: geográfico, onomástico y de figuras.

José GONZÁLEZ LUIS